

RECEIVED

SEP 8 1981

Revista Teológica



CONTENIDO:

Una I.E.L.A evangelizadora (Editorial).....	1
La Iglesia de Jesucristo: Pueblo de Dios.....	4
¿Cuál es el mayor problema con el que debe enfrentarse ahora, y en el próximo futuro la I.E.L.A.....	33

REVISTA TEOLOGICA

Publicación trimestral de teología luterana
redactada por el cuerpo docente del
SEMINARIO CONCORDIA de la
Iglesia Evangélica Luterana Argentina.

Editor: Carlos Nagel

Dirección postal: Casilla de Correos No. 5
1655 - José León Suárez
Buenos Aires - Argentina.

los cristianos la llamen: "iglesia de Dios".

La iglesia es comunidad; comunidad universal y comunidad local, que tiene a Jesucristo como centro. Su llamado es de Dios mismo, quien la mantiene por la palabra que asegura su redención. Ella es iglesia de Dios en Cristo (Ga. 1:2) establecida por la venida del Mesías, por su muerte y resurrección. El mismo Cristo resucitado está presente activamente en su medio. Se puede decir entonces, que la iglesia es tanto el fruto como el medio de la actividad salvífica de Dios.

Una mirada realista nos muestra que no existía fe en la iglesia primitiva fuera de Jesucristo, el Mesías. No hay ninguna base para decir que Jesucristo no comprendía su papel mesiánico en todo su ministerio. No se piensa en las Sagradas Escrituras tampoco en "iglesia" en forma plural. Pertenece a aquellos conceptos que, por regla general, sólo se forman en singular. Es la forma comprensiva del evento único: "La palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros" (Jn. 1:14). El hecho de que haya algo como iglesia no permite deducir que la misma deriva de las instituciones de la vida social del hombre. La iglesia es teocéntrica en todo sentido, no antropocéntrica.

A Pablo le encanta hablar de esta iglesia de Dios como "cuerpo de Cristo". "Así como nuestro cuerpo en su unidad, posee muchos miembros y no desempeñan todos la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un sólo cuerpo en Cristo" (Ro. 12:4-5); "ahora bien,

vosotrós sois el cuerpo de Cristo" (1 Co. 12:27); "para edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:12). Esta imagen nos muestra la relación tan íntima entre los cristianos y su Señor, así también, la relación íntima del uno para con el otro. Si sufre un miembro de este cuerpo, sufren todos; si se regocija uno, lo hacen todos. Todos, cada uno de los miembros, participan tanto de los dones como de los problemas que hubiere.

Esta comunidad de la iglesia únicamente puede existir por obra de Cristo. En él ha sido elegida desde la eternidad (Ef. 1:4). Es la "nueva humanidad en el nuevo Adán" (1 Co. 15:45). Se puede decir que Cristo tiene una doble función respecto a la iglesia: ser fundador, piedra angular, iniciador, arquitecto; y también de estar realmente presente en la iglesia, "pues ella es su cuerpo y los hombres son miembros de este cuerpo". En la perspectiva bíblica, se puede decir que la iglesia es la extensión en nuestros días del Cristo resucitado.

Esta iglesia, cuerpo de Cristo, es la comunión de los santos. Esto confesamos en el credo apostólico; y tal comunión no es sólo "emoción de simpatía humana", sino un evento, una unión, que nos une por el mismo poder divino. El Dr. Richard R. Caemmerer dice que "la comunidad de este pueblo involucra su fe común en este Dios y su Cristo, y su experiencia común del Espíritu de Dios por quien pueden ellos llamar a Jesús Señor". Al ser comunión de los santos y cuerpo de Cristo, participan tanto el individuo como el grupo de las experiencias exclusivas de Cristo: "con Cristo estoy cruci

'ficado" (Ga. 2:19), y en Ro:6 oímos de nuestra muerte y resurrección junto con Cristo. La iglesia de Cristo no es abstracta, porque si así fuese estaría en contra del concepto de los primitivos cristianos judíos; es real en nuestras vidas y somos parte de ella.

Las escrituras hablan también de la iglesia en lenguaje veterotestamentario, la forma natural para aquellos cristianos judíos. Por eso Pedro puede decir en su primera epístola: "Pues está la Escritura: He aquí coloco en Sion una piedra angular, elegida, preciosa, y el que crea en ella no será confundido. Para vosotros, pues, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo" (1 P. 2:6-8).

La iglesia que es cuerpo de Cristo, es también "pueblo de Dios", lo que nos recuerda la relación entre Dios y su pueblo en el Antiguo Testamento.

En el fondo, toda la fe israelítica puede cifrarse con sólo decir que Yahveh es el Dios de Israel, y éste, el pueblo de Yahveh. Esta idea del pueblo de Dios se puede trazar aún hasta Exodo 19:6, donde se caracteriza por sus propias palabras: "Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa". Este pueblo de Yahveh Dios, reconoce el señorío del Altísimo, y es su testigo en el mundo.

Hay también otras referencias en el A.T. respecto a la iglesia. Los términos "grey" y "pastor" son conceptos comunes en el Antiguo Testamento, y describen la relación pueblo-Dios, especialmente

en lo relativo a Dios y al remanente de Israel: "Voy a reunir a Jacob, voy a recoger al resto de Israel; los agruparé como ovejas en el aprisco, como rebaño en medio del pastizal, y no tendrán miedo de nadie" (Miqueas 2:12). La iglesia del Nuevo Testamento tiene su fundamento en Cristo Jesús, pero su base se extiende más allá en la historia, para relacionarse con la actividad de Dios en toda la historia del mundo. "El pacto antiguo fue establecido por Dios con un pueblo en particular, los israelitas. El nuevo pacto cumplió con esa relación específica. El hecho de escoger doce discípulos (doce tribus de Israel) demostró al pueblo judío la relación vital entre lo viejo y lo nuevo". El pueblo judeo-cristiano, la primera iglesia, estaba segura que era el verdadero Israel; para ellos se habían cumplido las promesas del Antiguo Testamento en la persona de Jesucristo, aunque en cosas externas apenas se distinguieron del antiguo Israel. Y así podían celebrar sus cultos y aceptar su historia, de un modo totalmente nuevo: eran el pueblo de Dios del Nuevo Pacto. El Israel peregrino por el desierto fue figura y contrafigura del pueblo del Nuevo Pacto. Como a aquel antiguo Israel, también al nuevo, se dirige la palabra alentadora: "Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno" (He. 4:16). Hans Küng dice: "Como aquel, tampoco éste goza en modo alguno de seguridad, sino que debe andar su camino a través de la tentación, la prueba y el pecado, amenazado de cansancio, debilidad en la fe y

desesperanza. Como aquél, también a éste se le ha hecho una promesa, que le asegura la entrada en el descanso, después de las fatigas de un largo camino, después de haber guardado la fe, en constancia y perseverancia, en la firme confianza e inquebrantable certidumbre, a través de la lucha, el dolor y la muerte".

Aunque limitáramos el nacimiento de la iglesia a aquel Pentecostés de hace dos mil años, el Nuevo Testamento cuidadosamente enseña por su lenguaje, que había un pueblo de Dios desde hacía muchísimo tiempo. Por eso, se llama a los cristianos "el Israel de Dios" (Gá. 6:16), "descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Ga. 3:29)

El pueblo de Dios, caminante del Antiguo Testamento, se convierte en la Iglesia peregrina del Nuevo Testamento. Así recoge su historia del Antiguo Testamento y la sigue durante la nueva alianza. Faltaría a su misión si no mirara constantemente hacia adelante, hacia nuevos horizontes. Así como el antiguo pueblo de Dios era peregrino, sin lugar fijo hasta su llegada a Canaán, los seguidores de Abraham en la nueva esperanza, son peregrinos: La iglesia siempre es edificada, pero nunca se termina su construcción. No tiene hogar permanente en el templo, institución u otra forma en esta tierra. Mira siempre hacia el cielo del eschaton.

Los hombres que dieron a la iglesia un alcance prácticamente universalista en su día de origen eran hombres comunes y sencillos, hombres de corazón ardiente, firmes y fuertemente activos en la

causa del Señor. Eran "la iglesia", como se les describiría aún en la época de los padres apostólicos. No solamente formaron la iglesia. La DIDACHE (fines del siglo primero o principios del segundo) enseña que el Señor mismo existe en el mundo por medio de su palabra, y que la iglesia es la compañía de los creyentes, el pueblo electo.

El nuevo testamento no nos da normas precisas respecto a la iglesia y su ministerio. No hay mención de ninguna organización que debiera ser establecida por gente que haya recibido mandato específico para hacerlo. Se describe la fundación de la iglesia como hecho creativo de Dios, y a ésta como pueblo de Dios en un pacto y tiempo nuevos, como el pueblo escatológico de Dios, la comunidad del pacto, congregados por y alrededor de Jesús, el Mesías, pueblo que es la creación de Dios, redimido y reconciliado. Esta es la iglesia que ha de ser administradora de los misterios de Dios, como dice Pablo en 1 Co. 4:1, "que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios", y es interesante notar que inmediatamente después, Pablo dice también: "Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles", 1 Co. 4:2. Después de muchos siglos, y de una larga y rica historia, se puede decir que administrar los misterios de Dios es, todavía, el sentido y contenido de todo lo relacionado con la iglesia cristiana.

Respecto a ella se puede decir que es Cristo mismo viviendo en comunidad y que en esta comunidad, Cristo es tanto el sujeto, en Palabra y sacramentos, como la comunión misma de la iglesia.

Cristo edifica a la iglesia usando como herramienta a la misma iglesia. Ella llega a ser entonces el agente y medio por el cual Cristo mismo puede trabajar en su mundo. De esto habla Pablo, cuando dice que la iglesia es la compañía de un pueblo "lleno" de Cristo, una comunión de santos: "Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó cabeza suprema de la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo" (Ef. 1: 22-23). La iglesia es el instrumento de Dios para llenar el mundo, para hacer su voluntad. Haciendo su voluntad en el mundo, se construye la iglesia firme y fuertemente. Cuando se habla de construir se piensa en los elementos imprescindibles: añadir materiales nuevos a un cimiento, mantener firmes las piezas ya acomodadas. Al edificarse la iglesia, miembros nuevos son añadidos, y todos son alimentados para que no caigan. Esto es el ministerio de la palabra.

La palabra de Dios con minúscula se hace poderosa por la Palabra de Dios con Mayúscula, y ésta es Cristo mismo. La Ley de Dios puede enseñarnos nuestro pecado, nuestra maldad, pero no puede salvarnos; simplemente nos deja en la oscuridad. Pero dentro del plan de Dios hay palabra más poderosa, palabra de gozo, de esperanza, de paz. De esta palabra nos habla Pablo en el primer capítulo a los Romanos: "Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree" (Ro. 1:16). Para que esta palabra se extienda, la iglesia tiene que atender la tarea de la predicación, uno de sus ministerios. Esta predicación se hace aún más personal,

más necesaria y más firme, cuando toma la forma de la proclamación del perdón de los pecados a todos los arrependidos. Lo hermoso de la comunidad de la iglesia es, que es una comunidad en este perdón.

La iglesia como comunidad proclamadora del perdón, nos enseña que lo más importante en el ministerio de la proclamación es la fidelidad a la palabra de Dios. Se enfatiza de nuevo que la iglesia en su ministerio no es antropocéntrica, sino teocéntrica, si realmente ha de ser la iglesia de Dios.

La confesión de Augsburgo, cuyo 450 aniversario festejamos el año pasado, explica en términos claros, tanto esencia como tarea de la iglesia, cuando dice: "Las iglesias enseñan también que ha de permanecer una Santa Iglesia Cristiana. Esta iglesia es la congregación de los santos, en la cual el evangelio es rectamente enseñado y los sacramentos son administrados en rectitud" (Art. VII, 1). La comunidad de los últimos tiempos no quería ser sólo un movimiento indefinido, o pura comunión de sentimientos, sino comunidad de forma histórica: "Iglesia", dice Küng. La iglesia es comunidad de creyentes, donde Dios actúa de manera muy especial, porque utiliza los dones que Él mismo ha dado a la iglesia para hacer lo que Él quiere; Y estos dones son la Palabra, el Santo Bautismo y la Santa Cena.

Desde los tiempos de la iglesia primitiva, el bautismo ya separaba al cristiano creyente del judío no creyente, así también al cristiano del gentil incrédulo. En la historia de la iglesia,

el Santo Bautismo ha sido la señal de distinción por excelencia, que testifica que Cristo es el Señor. No es posible añadir algo al Bautismo, porque después del sacramento, todo lo que se puede hacer es edificar al bautizado en la iglesia, sobre el poder que ya le fue conferido, el perdón de los pecados, y el crecimiento en la fe. Para ello la Palabra administrada por la iglesia, como instrumento de Dios, es segura y poderosa. Aquí también vemos en la iglesia y su tarea, el enorme reto de proclamar con voz firme y clara, lo que Dios ha hecho en la vida de miles de personas que viven con un poder que desconocen, que, habiendo sido bautizados, no se interesan por conocer más a fondo el verdadero significado de acontecimiento tan especial en sus vidas. Esta es la causa por la que se ha llamado al bautismo: "Una vacuna contra la evangelización" de América Latina. Recordamos especialmente en el Jueves Santo, la institución de la Santa Cena de nuestro Señor, que fue dada para beneficio y edificación de la iglesia. En ella, igual que en el caso del Santo Bautismo, la Palabra de Dios es determinante para el cristiano. Conocemos bien las palabras de institución del Señor mismo: "Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros" (Lc. 22:19-20). Lutero dice respecto a los beneficios: "Los beneficios son indicados por las palabras: "Dado y derramada por vosotros para remisión de los pecados!" O sea que, por tales palabras recibimos en el Sacramento remisión de los pecados, vida y salva-

ción" (Catecismo Menor, el sacramento del altar). Con el pan y el vino, elementos comunes y terrenales, Dios nos ofrece dones celestiales que son para el beneficio de todo creyente. Sin depender de la fe de nadie, Dios ofrece sus dones; Cristo mismo se ofrece para derramar poder de manera sacramental y especial para nuestra vida diaria de creyentes. Aquí también la iglesia goza de poder especial ofrecido por Dios.

Tanto en la predicación como en los sacramentos; lo más importante en la vida de la iglesia es el poder del Evangelio. "Aunque alguna medida de estabilidad institucional en la iglesia es necesaria, el verdadero secreto de la vida de la iglesia es el surgimiento dinámico del Evangelio", dice el Doctor Roberto Hoferkamp, escribiendo respecto a la misión de la iglesia. Porque después de todo la iglesia tiene un ministerio que debiera ser servicio, no solamente autoridad; y este ministerio es don de Dios, es parte de su iglesia, proviene de Cristo mismo, de su ministerio y de su mandato. Es él quien da poder a sus discípulos, aquél primer domingo de pascua por la noche, cuando dice: "Como el Padre me envió, así también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, les son retenidos" (Jn. 20:21-23). La iglesia de Cristo está llena del poder que Cristo mismo le ha dado.

Mientras la iglesia en esencia es de Cristo, no obstante es obra del Espíritu Santo. Este pone en acto lo que Cristo realiza.

Con la resurrección de Cristo, la iglesia que da sólidamente fundada, pero es únicamente por obra del Espíritu de Dios que se vuelve concreta. Es por el derramamiento del Espíritu, que la gracia obtenida por la cruz y la resurrección, se hace accesible para el cristiano. Lo nuevo e importante que trae Pentecostés no es un mensaje antes desconocido, sino una aproximación más amplia y más segura, que nos alcanza aún en la iglesia del siglo veinte. El Dr. Caemerer lo relata de esta manera: "Cuando cristianos hablan la Palabra de Cristo el uno al otro, seres humanos creyentes se hacen agentes por la Palabra y la acción poderosa de Dios, para sus semejantes. Tratan de traer a las mentes de los escuchas y compañeros, aquel hecho salvífico de Dios en Cristo, por el cual Él los llamó para ser suyos. Mientras esto suceda, el poder de Dios y su Espíritu obran en ellos, encuentran nuevas fuerzas para creer en el Señor Jesús, y para servir a todos los hombres".

Este Espíritu de Dios es la vida del cuerpo de Cristo, la Iglesia. "Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda la edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:19-22). Pablo puede decir al respecto que ningún hombre puede aún llamar a Cristo Señor, si no fuera por

el Espíritu de Dios, que mora en él (I Co. 12:3). Es de provecho común en la iglesia la obra realizada por el Espíritu (I Co. 12:7). En Tito 3: 4-5 leemos: "Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo". El Espíritu de Dios es el gran equipador, entrenador y animador de la iglesia. Cuando este Espíritu está obrando en la iglesia, cada miembro hace algo en la vida de ella. Este "hacer algo en la vida de ella", es la iglesia misma, el pueblo de Dios en acción en el mundo. Esta es la iglesia en comunidad en el mejor sentido de la palabra. Las Escrituras describen a la iglesia como comunidad; como gente atraída a Cristo por el Espíritu Santo, y con los demás miembros: todos, un sólo cuerpo. Y esto lo hace en respuesta al llamamiento de Dios. El Dr. Caemerer escribe: "Esta es la función del cuerpo de Cristo, que sus miembros se sostengan unos a otros en medio del peligro y las faltas, que los fuertes ayuden a los débiles; el objetivo de la iglesia es ser el conjunto de los que cuidan la edificación de los demás en Cristo".

La iglesia no debe ser jamás el "club de los buenos", sino siempre la "asamblea de los santos". De esto no cabe duda en la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Llega a ser una "infección" santa" para curar a la humanidad dividida por las asechanzas de Satanás, el mundo y la carne.

La iglesia puede ser "sal" y "luz", únicamente cuando es distinta del mundo que la rodea. Así podrá ser "una infección viva en un cuerpo de muerte". Estudiada desde el punto de vista de Lucas, Juan, Hechos de los Apóstoles y las Epístolas paulinas, se puede vislumbrar que la iglesia ejerció el ministerio de Cristo de predicar, enseñar, y curar a los enfermos. Aún se puede decir que los líderes parroquiales de nuestra iglesia de esta época, que quieran orientar a los suyos según la imagen bíblica, se esmerarán por:

a) Proclamar y enseñar de manera relevante la Palabra de Dios; b) conservar y defender la verdad apostólica (Kerygma y didaché) con firmeza dentro de cierta flexibilidad; c) motivar y equipar a sus miembros para que sirvan de sacerdotes a los demás, y para testificar persuasivamente en este mundo. Y esto es, en todo sentido, ser el pueblo de Dios, sacerdocio real. Esto sería, en sentido verdadero, el pueblo del cual Pedro dice: "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, par anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado a su admirable luz" (I P. 2:9).

B. PUEBLO DE DIOS

Nos hemos ocupado en hacer una revisión, un repaso, de lo que es la iglesia de Jesucristo en nuestro mundo. Conceptos como "sal", "luz", "servicio" y "testimonio" son muy significativos. El hecho de que nosotros gozamos del poder del Espíritu de Dios es, sin duda, muy consolador. A la vez, si la Palabra llega a ser testificada,

lo será por cierto orden que existe en esta iglesia. El pueblo de Dios podrá lograr su cometido cuando siga cierta regla, no en cuanto a su forma sino en cuanto a su ser; y parte de su ser es el hecho de la institución del santo ministerio. "Hágase con decoro y orden", amonesta el apóstol Pablo (I Co. 14:40).

Los reformadores luteranos en su mayoría, se habían criado con un concepto de orden en la iglesia. Probablemente no pequemos al decir que se habían criado con "rigidez" respecto a la disciplina eclesiástica y todo lo relacionado con el modo de proceder de la iglesia en su ministerio y sus funciones. Lutero mismo insistía en la necesidad de orden dentro de la institución del cuerpo de Cristo, la iglesia. Los seguidores de Lutero tomaron en serio el orden y las ideas evangélicas respecto al ministerio de la Palabra de Dios. Por cierto, se dieron cuenta perfectamente de que tal ministerio era ministerio de todos en la iglesia, pero guardaron un concepto bíblico respecto a la función pastoral y ministerial. La confesión de Augsburgo dice con toda claridad: "Del orden eclesiástico, nuestras iglesias enseñan que nadie debe enseñar públicamente en la iglesia, o administrar los sacramentos, sin llamamiento legítimo" (Art. XIV). Este llamamiento legítimo a la administración pública de la Palabra y Sacramentos tenía tanto peso y tanta responsabilidad que nadie podía arrogarse desempeñar oficio tan grande por decisión propia únicamente. Este concepto del ministerio Lutero lo extrae del Evangelio y los Sa-

sacramentos mismos. El ministerio es algo muy especial, porque trata de la administración de algo muy especial; pero, aún siendo un orden muy especial, todavía conserva sus aspectos universales. Todos los miembros del cuerpo, todos los santos, todo el pueblo de Dios, tienen el llamamiento; pero el llamamiento al ministerio público es especial.

Mientras Lutero por un lado rechazaba el clericalismo desenfrenado de sus días, que casi identificaba a la iglesia exclusivamente con el clero, por otro lado escribió con claridad: "Todos somos sacerdotes en el sentido de que somos cristianos, pero aquellos a quienes llamamos sacerdotes son ministros seleccionados en nuestro medio para actuar en nuestro nombre, y su sacerdocio es ministerio nuestro". Este concepto también concordaba con el pensar de Lutero respecto de la institución misma del ministerio eclesiástico por razones de orden.

La iglesia actual tendrá que tomar muy en serio el desempeño del ministerio de la administración de la Palabra y los Sacramentos. Para esta función se necesitan hombres especialmente unguidos por la iglesia para ser apartados para un ministerio especial. Pero otra cosa es actuar simplemente como si uno estuviera construyendo un imperio alrededor de una persona. Si pensamos en la iglesia como si fuera un gran escenario, podríamos pensar que necesita un "guión manuscrito", y un "actor principal", para representar la obra. Así es también en la iglesia: se necesita el liderazgo pastoral para el funcionamiento correcto y

y completo del grupo, la iglesia. Será opción del grupo, del cuerpo, decidir qué tipo de función pastoral ellos necesiten.

En todo caso, el pastor será el siervo de todos en la iglesia. Él hace su obra espiritual por el pueblo al que él está sirviendo. Su obra será apacentar la grey (1 P. 5:2), equipar a la misma para ministrar uno al otro (Ef. 4:11-13). El oficio ministerial, entonces, es de Cristo; y es necesario en la iglesia; pero no trae para sí privilegio o prestigio especiales. Parece ser que en algún momento histórico entre el año 33 d.C. y el día de hoy, el término "ministro" se transformó de verbo (algo que se hace) en sustantivo (alguien, la persona que lo hace). Parece que a veces lo que ha sido concebido como función se ha vuelto funcionario. David Haney, en su libro: "EL MINISTERIO DE TODO CREYENTE" dice: "El modo ministerial del nuevo testamento indica que el pastor no es quien sostiene la luz, sino aquel que limpia los faros."

Ciertamente Cristo ha dado a la iglesia un ministerio y una función pastoral, para la cual la iglesia aparta, "ordena" a sus hombres seleccionados y adiestrados para tal propósito especial. Pero esto no significa que el pastor debiera "tener cuello" (aunque lo lleve puesto a veces); tenemos que darnos cuenta más y más de qué es la iglesia, el cuerpo de Cristo, el grupo de los creyentes que tiene el programa principal, y que el pastor es quien le ayuda a cumplirlo. El tablero al frente de una iglesia en Nueva York ex

presa una gran verdad al anunciar: "Ministro, to
dos los miembros; ayudante de ministros: el pas-
tor". Porque la prueba más exigente de la obra
pastoral posiblemente consista en ver de qué ma-
nera el pastor está teniendo cierto éxito en en-
trenar, guiar y nutrir a su grey, a aquellos
cristianos que el Espíritu Santo ha puesto en su
congregación. En todo sentido el pastor tiene
que ser el don de Cristo para la iglesia, para
los feligreses que a su vez tienen que ser los
dones de Cristo para la misma iglesia; cada uno
con su tarea especial de servicio como parte del
pueblo de Dios, ministro uno para con el otro.
Cuando Pablo escribe: "El mismo dio... pastores
y maestros para el recto ordenamiento de los san
tos en orden a las funciones del ministerio, pa-
ra edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:11-
12), el énfasis mayor de su palabra recae en que
el pastor ha de equipar bien a los santos para
su ministerio. El pastor tiene una tarea sumamen-
te importante: ha de ser líder del equipo, ha de
tomar la firme resolución de no hacer un ministe-
rio de la iglesia, sino un ministerio para la i-
glesia.

La comunidad cristiana prístina no estable-
ció ningún orden especial para sus líderes pasto-
rales, ni definió formas específicas. Consideraba
el ministerio pastoral como función que debían e
jercer todos los miembros del cuerpo de Cristo,
teniendo cada uno función o funciones diversas,
de acuerdo con su capacidad particular. Dentro
de tales funciones se encuentra también el minis-
terio de la administración de la Palabra y los

Sacramentos; este ministerio es una tarea, por muy especial que sea, pero no es un orden que da carácter indeleble ni rango especial. La función misma pertenece al pueblo de Dios entero, a la comunión de los santos en un lugar específico. Küng dice: "Si la iglesia se entiende como pueblo de Dios, jams se podrá reducir a una clase de dirigentes dentro de la congregación de los creyentes. La iglesia será siempre y dondequiera todo el pueblo de Dios, toda la comunidad de los creyentes, toda la ekklesia.

Es claro que "ministerio" es un término que en la iglesia tiene un significado lato que se aplica tanto a los laicos y sus funciones como al pastor y su función muy específica. Según el plan de Dios, todo cristiano es ministro de la palabra de Dios. Esto implica su testimonio amplio, dentro y fuera de la iglesia. Edifica y sostiene tanto dentro como fuera del templo, teniendo en mente siempre su importantísima posición de ser escogido de Dios, sacerdote ante el pueblo de Dios, con tarea bien conocida en el Nuevo Testamento.

Cuando los laicos -término histórico, pero quizá no muy apropiado para una comprensión correcta del ministerio de la iglesia- se entienden a sí mismos como sector pasivo cuya función principal es la de sostener a los "profesionales" de la iglesia, el sentido más amplio y más vivo del ministerio se desvirtuar  para llegar a ser una mera caricatura de lo que Dios mismo ha querido para su cuerpo de Cristo sobre la tierra. Si hubo un obstáculo para el ejercicio del ministerio de

la Palabra por los cristianos hacia sus hermanos, probablemente fue un obstáculo de omisión, no de comisión: fue un entendimiento erróneo, o desconocimiento, de la dimensión horizontal del cuerpo de Cristo, de la necesidad del testimonio continuo de un hermano cristiano para con el otro. Se olvida tan fácilmente la necesidad constante de la edificación mutua de los hermanos en la fe, y la función de la Palabra como instrumento y poder para tal edificación. Si la iglesia realmente actuase como pueblo de Dios, sería casi imposible distinguir entre pastor y laicos, con excepción de la administración de los medios de gracia en forma de Sacramentos.

Bien puede decirse que la intención de Dios es que la vocación cristiana sea universal. El "ven y sígueme" de Jesús se dirige a todo hombre. El hombre no depende de Dios solamente en su orden existencial, como criatura; depende de Dios también en el orden de la gracia, en el orden de ser criatura redimida. Criatura redimida es, a la vez, criatura facultada por el Espíritu para su vocación ministerial como miembro del cuerpo de Cristo.

Si Cristo realmente está vivo dentro de una congregación cristiana, todos los miembros de su cuerpo estarán orientados hacia él como la verdad por la cual ellos viven y trabajan. Lo estarán en sentido de su testimonio de vida; de su manera de hablar; de sus hábitos devocionales; y también por su confianza completa en la resurrección. Este tipo de vivir puede significar, según Bonhoeffer, una "santa mundanidad", o sea, la voluntad del cris-

tiano de aceptar su trabajo no como maldición, si no como el foco principal de su obediencia; podría ser su voluntad de vivir por la gracia, no por la moral; podría ser el principio de una actividad y actitud de amor y justicia hacia sus hermanos, en cualquier plano en que entre en contacto con ellos.

En sus orígenes el cristianismo fue un movimiento eminentemente de laicos. Grupos de hombres y mujeres con un ferviente anhelo de comunión con su Señor se congregaban alrededor de Él, Jesús de Nazaret, hombre común y hermano de ellos y a la vez su Señor: aquel en el cual ponían su confianza y esperanza. Los que hoy militan en el movimiento renovador de la iglesia concuerdan unánimemente en que la esperanza de una verdadera renovación "reside en los laicos". Si existe realmente una renovación en la iglesia de nuestros días, se necesitará de una desclericalización para poder llegar al poder del cuerpo de Cristo como iglesia; y esto sin quitar nada en absoluto del oficio pastoral y su importancia dentro de una iglesia verdaderamente desclericalizada. A la vez, para llegar a una iglesia viva, que siente la urgencia de su misión y el poder e impacto de la Palabra del Señor, se necesita también capacitación a todo nivel, y ésta a su vez requiere una obra realmente pastoral.

Si el ejercicio del ministerio de Cristo es realmente "corporativo", esto querrá decir que el liderazgo de la iglesia también reside en el cuerpo de Cristo, la comunión de los santos; y, por ende, el poder del liderazgo depende del Espíritu

Santo. El uso, la utilización de este poder, requerirá orden en la iglesia; y orden requiere organización. Una buena organización ayudará a cualquier grupo a funcionar mejor, y en este sentido una congregación cristiana cabe dentro de la definición de un grupo constituido para llevar a cabo un propósito específico y especial. Pero a la vez, la organización de un grupo, también de una iglesia, debiera servir a los miembros del grupo, a la iglesia misma. La administración será buena mientras sirva sola y completamente al propósito de la iglesia; pues de lo contrario correrá peligro de llegar a ser un fin en sí misma; y entonces todo quedaría invertido: no se fijaría en los propósitos de la iglesia, sino en el fin de su administración.

Para el entrenamiento de laicos en la iglesia, entonces, un primer paso podría ser el de tener bien claras las metas o el objetivo del entrenamiento. Una congregación cristiana podrá pensar, por supuesto, en su meta de la proclamación del evangelio de Jesucristo, pero deberá fijar a su ministerio metas y objetivos más exactos para poder entrenar a sus miembros para su ministerio específico. Para ilustrarlo podrá servirnos la figura de una rueda: Los feligreses de la congregación serían el aro de la rueda. Quitando el aro simplemente no existe la rueda; y quitando del aro aun cristiano, nada más, la rueda existe, pero difícilmente podrá rodar bien. Para poder entrenar a los laicos, en primer lugar ellos deberán estar convencidos de que son parte muy importante de la

congregación que es cuerpo de Cristo, y que este cuerpo necesita de todos sus miembros para poder funcionar bien. El entrenamiento tendrá que empezar por el convencimiento.

La meta o propósito principal de la iglesia es la proclamación del Evangelio, como se ha dicho.

En consonancia con este propósito habrá que fijar los objetivos menores. Estos objetivos deberán ser objetivos alcanzables, mensurables y explicables. Es difícil entusiasmar a los miembros de una congregación por un objetivo que está fuera de su alcance. Igualmente frustrante sería mantener objetivos que no se pueden medir: tener una meta tan alejada de la realidad vivida que no se pueda vislumbrar a dónde habrá que llegar para concretarla. Un niño de sexto grado, por ejemplo, espera terminar su año felizmente para pasar sin problemas al grado inmediatamente superior. Este niño tiene un objetivo mensurable que le permite a su vez, medir sus pasos: un día espera terminar la escuela secundaria, pero por lo pronto es el sexto grado el que le interesa más. Esto es mensurable para él. En la iglesia sucede lo mismo. Los miembros de la congregación necesitan ver cómo van paso a paso para llegar a la meta, su objetivo.

Estos objetivos tendrán que ser explicables, vale decir, hay que entender de qué se trata. Algo que no se entiende, tampoco puede hacerse bien. El lenguaje y la forma de exponer lo que se quiere hacer en la congregación debe ser tal que todos capten la idea y el propósito buscado por el grupo. Teniendo en mente esto, se puede entrenar al grupo de colaboradores para llegar a su fin, su meta. En

la película sobre la biografía de Martín Lutero, por ejemplo, se ve a un hombre mirando confuso las tesis de la puerta de la iglesia de Wittenberg; su reacción fue únicamente la de decir que "es algo en latín". El pobre no podía tener idea de la importancia de lo que estaba viendo, simplemente por que no entendía lo que ahí estaba escrito, y así es con nuestros propósitos en la iglesia.

En todo caso, los objetivos de una congregación deberán ser unas pocas cosas a la vez; es mejor llegar bien a una sola meta, que no alcanzar ni una por haber pensado al mismo tiempo en veinte cosas que requerían atención. Entonces sí se puede entrenar a los laicos; porque tendrán objetivos que podrán alcanzar, que pueden medir durante su trayecto del "camino", y emprenderán su tarea con conocimiento de causa.

El segundo paso podría ser reunir al grupo de de cristianos en un lugar dado para ver cuales son las prioridades de su misión. Tomándoles a ellos en cuenta para esto, se sentirán parte de la obra. El pastor podría componer una lista de posibles prioridades, pero, al presentarlas a la iglesia, ellos, los miembros, tendrían la oportunidad de hacer los cambios necesarios e identificarse con su cometido. Para fijar las prioridades, será necesario conocer las necesidades. La congregación se sentaría a discutir lo que más necesitan las personas en su área específica de trabajo; tanto respecto a sus necesidades espirituales, como a sus necesidades físicas, sociales, etc., tal conocimiento es imprescindible si la iglesia ha de servir al

hombre en un ministerio íntegro, que abarca su vida entera. Los objetivos que se han mencionado se fijarían, entonces, por el estudio específico de la situación específica de cada congregación. Y todo esto, enfocando a conciencia la meta principal de toda iglesia cristiana: proclamar el evangelio de la salvación por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro. Y teniendo objetivos y prioridades precisos y bien meditados, se puede iniciar el entrenamiento de los laicos; porque solamente entonces tendrá sentido el entrenamiento. Todo atleta, antes de someterse a una disciplina rígida para lograr su propósito, querrá saber por qué se está preparando. Lo mismo sucede en la iglesia.

Echada esta base para actuar, el pastor de la congregación junto con otras personas, ya sea su consejo parroquial u otro grupo cualquiera escogido a tal efecto, pueden comenzar a buscar los feligreses apropiados para desempeñar los ministerios pertinentes para lograr los propósitos establecidos. Podríamos llamar a esto la tarea de "escoger a los escogidos" dentro de la iglesia, o sea, buscar personas que tengan la potencialidad de cumplir y lograr la meta, con la ayuda del Espíritu de Dios. Nótese bien que se usa la palabra "potencialidad", porque se tomaría en consideración lo que los cristianos podrían llegar a ser, no solamente lo que en ese momento sean; lo que podrían llegar a hacer, no solamente lo que puedan hacer. Porque todavía falta el entrenamiento mismo. Se buscará pues, personas maduras en su fe, personas deseosas de aprender y de aportar algo de sí mismas para su ministerio particular. Hay

varias maneras posibles de hallar a las personas que se necesitan para lograr las metas establecidas; podríamos mencionar entre otras: 1) Un programa de entrenamiento general, es decir, de preparación doctrinal de los feligreses. 2) Una revista a los miembros de la iglesia, a fin de detectar los talentos específicos de ellos. 3) Un programa de orientación de miembros nuevos de la congregación. Si bien la madurez en la fe es de gran provecho, muchas veces son los feligreses nuevos o aún cristianos recién convertidos los que tienen más voluntad de trabajar para extender a otros la paz y seguridad que ellos han encontrado en el Evangelio.

Una vez que se tengan objetivos claros, prioridades fijas y personas reclutadas, se puede pensar en el entrenamiento mismo; porque el entrenamiento se puede definir como el acto de cultivar los entendimientos, las actitudes y capacidades para lograr algo. Por supuesto, podría haber cierta renuencia por parte de algunos miembros de la iglesia, porque, como dice Luis Bucafusco, pastor argentino que escribió: "LAICOS ACTIVOS: IGLESIA VIVA": Hay quienes subestiman como cosa innecesaria toda preparación en los asuntos del espíritu. Aún más, hay quienes sostienen que la consagración se da con mayor intensidad en el hombre inculto o medianamente ignorante. Y hasta casi se sienten tentados a afirmar que cuanto menos instruido el obrero, mayor es la gloria. Pues se conserva así su pureza prístina y será más fervorosa y celosa "la fe que una vez

fue dada a los santos". Quizá sin advertirlo, le confieren a la ignorancia categoría de virtud.

No es difícil entender que entre dos hombres igualmente consagrados, el mejor preparado también podrá ser usado con mayor provecho por el Espíritu de Dios para sus propósitos en la vida de la iglesia. Sin subestimar en ningún sentido lo mucho que Dios ha hecho en la historia de su iglesia mediante personas de poca preparación, nos referimos con ello a la preparación para una tarea especial en la iglesia.

El pastor podrá figurar muy bien en todo esto, porque él será el líder de la congregación y trabajará junto a los demás líderes en todo este programa de organización y planeamiento, y "la relación óptima entre el líder y la organización, es un sistema interpersonal de trabajo, que facilite al máximo el logro del propósito y las necesidades del grupo y de las personas que lo componen". El pastor podrá ser también la fuente de recursos, tratando de conseguir materiales que ayuden a alcanzar las metas u objetivos establecidos por su iglesia.

Al considerar el entrenamiento de los laicos, una tarea de importancia capital es la motivación de estos para recibir tal capacitación. Para esto no se puede dejar de lado en ningún sentido el estudio bíblico y el culto de la iglesia. No olvidemos que para la misión de la iglesia en todos sus aspectos, también para la preparación y capacitación de laicos, es necesaria una medida extra del poder de Dios. Y Dios da a su pueblo esta "medida extra" de su Espíritu por los medios de gracia:

Palabra y Sacramentos, discutidos con anterioridad en este estudio. Es aquí también, en la capacitación de los laicos para su ministerio, donde a veces uno se olvida del poder que Dios mismo ofrece para administrar; y aquí también donde los pastores tendrán que ejercer la función práctica de la administración misma de los medios de gracia. Estos medios son el mejor recurso que la iglesia tiene a su disposición para entrenar a los laicos, a la iglesia misma, para su ministerio.

Verdad es que la forma que la capacitación pueda tomar es secundaria, no obstante, campamentos, retiros especiales de la congregación entera o de grupos de personas reunidas con el propósito común de entrenarse para su ministerio, han resultado muy eficaces en la vida de la iglesia cristiana. El ámbito en que se vive ciertamente provee oportunidades para hacer que este ministerio sea en verdad relevante. La formación de pequeños grupos tiene la ventaja de dar a los miembros la oportunidad amplia de fortalecerse mutuamente para su ministerio y de hacerlo en un ambiente de cierta cordialidad y hermandad. Conociéndose mejor y siendo más fortalecidos por la Palabra de Dios, podrán también ministrar mejor.

Para lograr una capacitación máxima de la iglesia, se necesita también un modo de evaluación. Existen por lo menos dos tipos: 1) la evaluación del proceso, y 2) la evaluación de los resultados. La evaluación del proceso tiene que ver con un estudio del alistamiento, la organización, las actividades, métodos, materiales y equipo utilizados

para la capacitación misma. En todo programa de capacitación el grupo mismo debe efectuar un análisis lo suficientemente prolongado para ver si la forma y los materiales, etc., han servido para cumplir con su propósito. La evaluación de los resultados es la evaluación que tiene que ver con los efectos producidos en la vida misma de los participantes: significa hacerse la pregunta de cómo la capacitación misma ha afectado a las personas involucradas en su vida personal de fe y en sus posibilidades de ministrar mejor con la capacitación que han recibido.

La evaluación puede evidenciar lo que se ha logrado en un programa dado, y cómo se ha logrado. Puede también mostrar lo que no se hizo y lo que no se hizo bien, con el fin de un mejoramiento de programas futuros de capacitación.

Nuestro Señor jamás prometió que la capacitación de la iglesia sería tarea fácil, un ministerio sin problemas. Pero sí prometió a la iglesia su presencia y su poder para el servicio y para la capacitación. Además recordemos de nuevo las palabras de Pedro: "Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 P. 2:9).

¡Qué el Espíritu de Dios nos llene día tras día para que nos demos cuenta más y más del poder a nuestro alcance para llevar a cabo el ministerio de Cristo!

Leonardo Stahlke.

Conferencia Hispana de Texas; San Antonio, Texas. 29-30 de abril del 1980.